

UNA ACTITUD ANTE LA TÉCNICA

Alfredo Marcos

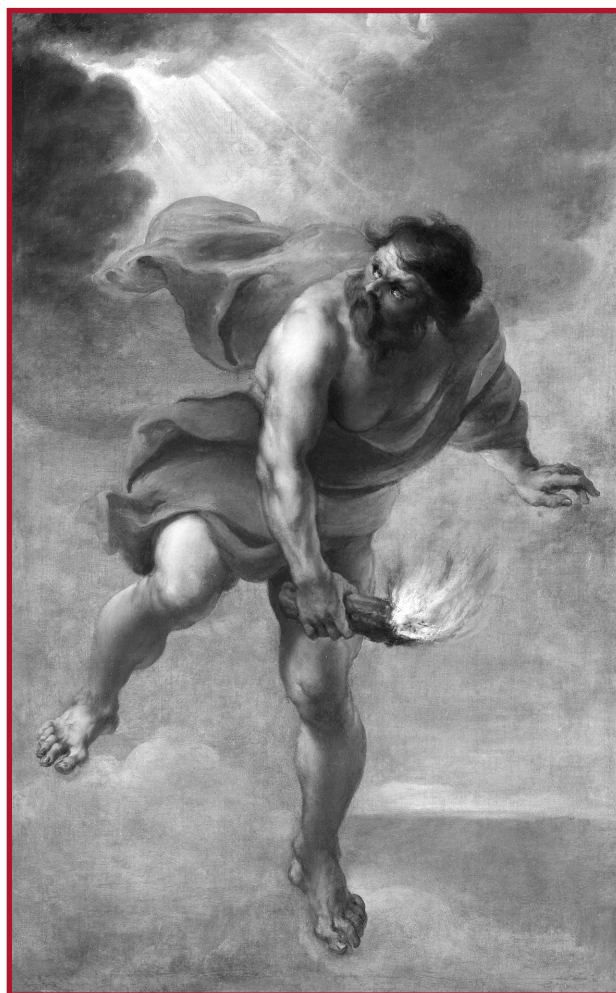
Catedrático de Filosofía de la Ciencia. UVa

Si aceptamos la definición clásica aristotélica del ser humano como animal social y racional, tenemos que reconocer que ninguna de estas tres dimensiones se cumple sin el auxilio de la *técnica*. La evolución del ser humano, tanto en su aspecto de hominización como en el de humanización, ha estado mediada por la técnica. Nuestro propio cuerpo está configurado en correlación con nuestras técnicas más primitivas, como el fuego y las herramientas líticas, y no sería funcional sin ellas.

Tampoco los aspectos sociales del ser humano se cumplirían plenamente sin el concurso de la técnica. Una buena parte de las innovaciones técnicas de todos los tiempos han consistido precisamente en sistemas de comunicación, que han servido para urdir la sociedad humana. Recordemos las técnicas que van desde la escritura hasta la telefonía, pasando, entre otras, por la imprenta.

También el aspecto racional o espiritual del ser humano está marcado por lo técnico. De hecho, la técnica no es sólo una modalidad de la acción productiva, sino también una forma de exploración de la realidad, un modo de ampliar nuestra sabiduría, una manera de internarnos en los espacios de posibilidad reales que no resultan actualizados por la mera acción de la naturaleza. La técnica —llamada entre los latinos *ars*— también nos aproxima al universo espiritual de la belleza. Y el arte —llamado *techné* por los griegos— nos sirve para explorar no solo el mundo de lo posible, del poder-ser, sino también el mundo del deber-ser y de los valores morales.

No es extraño en absoluto, sino más bien lo esperable, que los desarrollos de la técnica hayan incidido en todo momento, para bien o para mal, sobre la vida humana. El mito de Prometeo constituye una de las



Prometeo trayendo el fuego, de Jan Cossiers (1636-1638). Museo del Prado, Madrid.

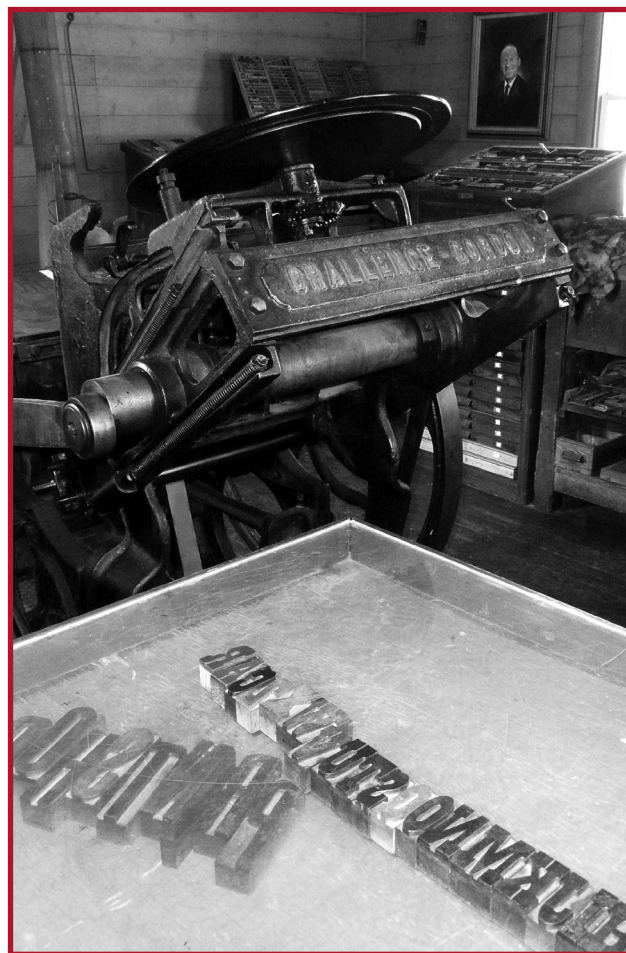
primeras huellas del profundo conflicto moral que suscita la técnica. Mas, en la historia de la técnica, se dio un punto de inflexión prominente en el momento en que la técnica entró en colaboración con la ciencia, allá por el inicio de los tiempos modernos. Se trata, dicho en otras palabras, del nacimiento de la *tecnología*. Esta colaboración se intensificó a lo largo de la modernidad, hasta convertirse en auténtica simbiosis. Con ello aparece una nueva modalidad de la técnica: la *tecnociencia*. Y con la llegada de estas nuevas modalidades, el impacto de la técnica se vuelve mucho más contundente y profundo. Pensemos en los procelosos debates suscitados por los usos bélicos y civiles de la energía nuclear, o por las nuevas tecnologías de la comunicación.

Hacia finales del siglo pasado conocimos un nuevo punto de inflexión, con el nacimiento de las *biotecnologías*. Es cierto que los humanos hemos modificado algunos seres vivos, al menos desde el Neolítico, a través de la crianza y el cultivo selectivo. Pero el conocimiento de las bases moleculares de la vida pone ahora en nuestras manos una herramienta nueva y poderosa, así como una nueva y pesada responsabilidad.

El último punto de inflexión importante, en lo que respecta a las consecuencias de la técnica, es el que nos lleva de las biotecnologías a las *antropotecnias*. Algunas de ellas son apenas vislumbres utópicos o juegos de ficción futurista. Pero otras están ya entre nosotros. Hacen converger toda la panoplia técnica sobre el propio ser humano. Tenemos, pues, el ciclo completo: *técnica-tecnología-tecnociencia-biotecnología-antropotecnia*. Con esta postrera contorsión, lo técnico se vuelve sobre —¿contra?— su propio autor para modificarlo. Existe ya todo un debate filosófico y social al respecto. Como consecuencia de este debate, han pasado al primer plano términos como transhumanismo, posthumanismo y mejora humana.

Hasta tal punto este debate ha cobrado importancia, que la última sociología sostiene que la política futura se estructurará en función de la actitud de cada cual hacia las antropotecnias. Los ejes tradicionales, izquierda-derecha, o conservadores-liberales, quedarán obsoletos y serán sustituidos por el eje precaucionistas-proaccionistas (valgan estos neologismos horrrisonos)¹. Los unos defenderán un uso muy restringido o nulo de las antropotecnias, mientras que los otros abogarán por la implantación irrestricta de las mismas.

Como en casos anteriores, podemos localizar precedentes, incluso remotos, de las antropotecnias. No estamos ante un fenómeno estrictamente nuevo. Las viejas técnicas de terapia y de cultura siempre han in-



Johann Gutenberg revolucionó la imprenta moderna con la creación de los tipos móviles en el siglo XIV.

tentado mejorar la vida humana. Pero la potencia de las actuales antropotecnias supone un salto cualitativo. Estamos frente a una responsabilidad de nueva escala respecto de la propia naturaleza humana. Ante esta situación, y en respuesta a la misma, quiero sugerir el desarrollo de una cierta actitud, que diste del tecnolismo tanto como del neoludismo.

Una actitud es una disposición estable para actuar de un cierto modo ante circunstancias concretas variables. Por ejemplo, cuando el filósofo Michael Sandel critica las técnicas de reproducción y crianza eugenésicas, lo que denuncia en realidad es un problema de actitud: «La crianza eugenésica —afirma— es rechazable porque manifiesta y promueve una cierta actitud hacia el mundo: una actitud de control y dominio que no reconoce el carácter de don de las capacidades y los logros humanos»².

Pero cuando, por el contrario, una actitud dada nos predispone a actuar bien, decimos de ella que es una virtud. Las actitudes no se definen ni transmiten mediante el simple discurso, sino que su desarrollo



Operadores de Cámara de televisión. 1965.

¹ Fuller, S. Lipinska, V. (2014): *The proactionary imperative. A foundation for transhumanism*. New York: Palgrave Macmillan.

² Sandel, M. (2007). *Contra la perfección*. Barcelona: Marbot, p. 127.



exige la actividad del sujeto: «Lo que hay que hacer después de haber aprendido —afirma Aristóteles— lo aprendemos haciéndolo»³. Cuando se busca dirimir qué antropotecnias queremos y cuáles rechazamos, creo que es mejor desarrollar una actitud práctica que proponer un criterio abstracto. Para evocar la actitud a la que quiero referirme me valdré de una fábula de Søren Kierkegaard⁴.

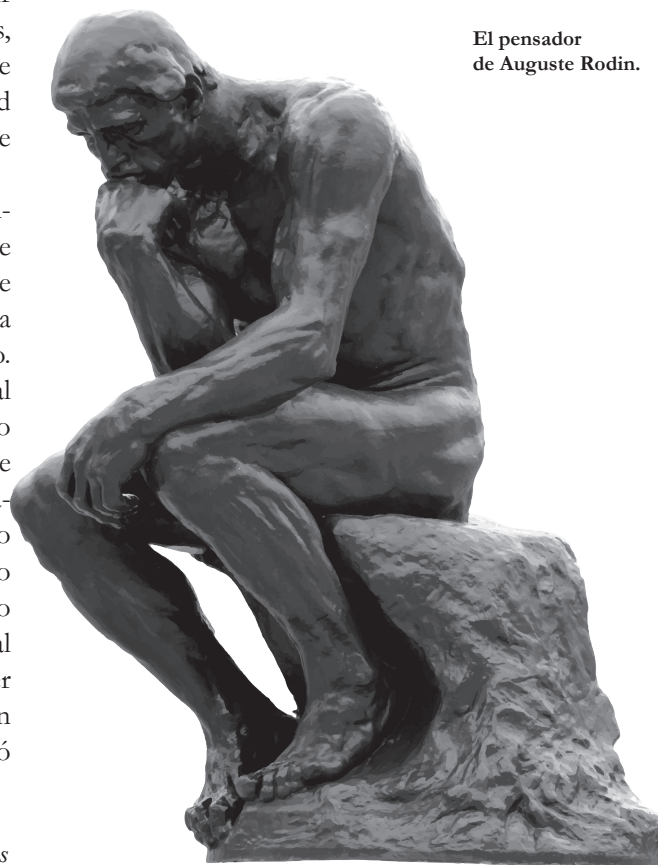
«Había una vez un lirio en un lugar apartado, junto a un arroyuelo. Estaba vestido más hermosamente que Salomón en toda su gloria, despreocupado y alegre todo lo que duraba el día». Pero un día llegó a su vera un pajarillo charlatán que le habló de esto y de lo otro. «Este pajarillo —escribe Kierkegaard— era un mal pájaro. Lo que quería era darse importancia haciendo sentir al lirio lo atado que estaba al suelo». Le contó que existía un campo lejano de lirios «completamente maravillosos», al lado de los cuales nuestro humilde lirio «aparecía como una nada». Con estas razones, el lirio comenzó a preocuparse, «no volvió a dormir tranquilo ni a despertarse alegre, se sentía encarcelado y atado al suelo». Acabó por pedir ayuda al pájaro para proceder a un trasplante. Y una mañana, el pajarillo escarbó con su pico en torno al lirio, desenterró sus raíces y voló

con el lirio hacia el campo de los lirios completamente maravillosos. «¡Ay! —concluye Kierkegaard—, el lirio se marchitó por el camino».

«El lirio es el hombre», declara Kierkegaard con deliberada ingenuidad. Qué fácil sería decir ahora, con la misma ingenuidad, que el pajarillo es la antropotecnia irrestricta, los lirios completamente maravillosos son los utópicos post-humanos, y el lirio desarraigado, volandero, y finalmente marchito, es el trans-humano.

¿Qué aprende el hombre afligido de esta parábola? «Aprende a contentarse con ser un hombre. Y no es que con ello hablemos de manera empequeñecedora, al revés, afirmamos lo supremo». Contentarse con ser hombre no es contentarse con poca cosa. Valoremos lo que *ya* somos, viene a decirnos Kierkegaard. De otro modo, ¿cómo podríamos aspirar a mejorarnos?, ¿de dónde saldrían las propias aspiraciones y los recursos para hacerlo si fuésemos —por usar la jerga nihilista— un simple animal fracasado y aporético? Si no reparamos en lo «glorioso que es ser hombre», quizá, como el lirio del cuento, acabemos por perder incluso lo bueno que somos en aras de lo perfecto que ideamos.

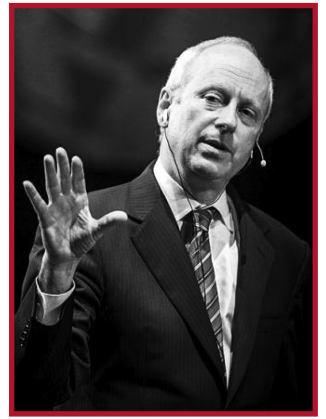
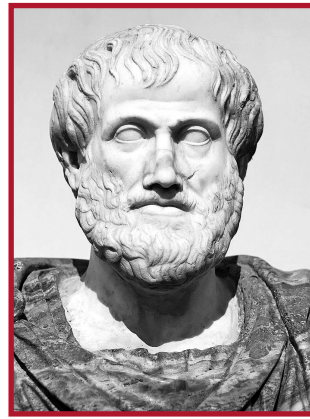
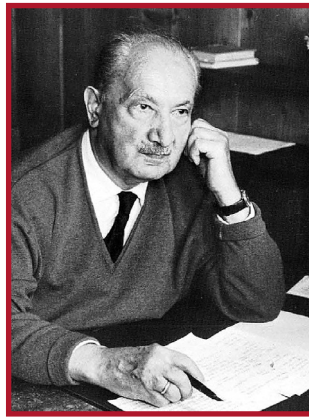
¿Quiere esto decir que no debemos hacer nada en pro de una vida mejor?, ¿es este *contentarse* de Kierkegaard un *conformarse*, un *resignarse*? En absoluto. «Aprende de la hormiga», nos dice, a ser previsor, y «aprende del lirio qué glorioso es ser hombre». Hay que



El pensador
de Auguste Rodin.

³ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1103 a 32.

⁴ Texto adaptado a partir de: Kierkegaard, S. (1963). *Los lirios del campo*. Madrid: Guadarrama, pp. 46-51.



Søren Aabye Kierkegaard (1813-1855). Martin Heidegger (1889-1976). Aristóteles (324-322 a. C.) y Michael Sandel (1953).

conciliar los dos aprendizajes para laborar en la mejora de la vida humana desde una actitud que se logra «solo cuando el hombre, aunque trabaje e hile, sea completamente como el lirio que ni trabaja ni hila; solo cuando el hombre, aunque siembre, siegue y recoja en los graneros, sea completamente como el pájaro que no siembra ni siega, ni encierra en los graneros».

Soy consciente de que las líneas citadas resultan todavía algo enigmáticas. Intentaré precisar en qué sentido se pueden interpretar para que nos iluminen en la reflexión sobre las antropotecnias. Tal como el lirio del Evangelio está contento con ser lirio, y el pájaro con ser tal, el ser humano debería alegrarse de serlo. Hay mucho de glorioso y bueno en su naturaleza humana.



Por añadidura, lo dicho se aplica a todos y a cada uno de los seres humanos y no sólo a una élite. En palabras de Kierkegaard: «De la misma manera que no hay una moneda tan pequeña que no lleve la imagen del César, así tampoco existe ningún hombre tan insignificante que no porte la imagen de Dios». Desde esta constatación deberíamos emprender el trabajo de la mejora de la vida humana. Luego, el objetivo no ha de ser la superación de lo humano, sino la realización personal de cada ser humano dentro de las coordenadas propias de su naturaleza.

De hecho, este proyecto se describe con más justicia si hablamos de la *mejora de la vida humana*, y no simplemente de la mejora humana. Reconocemos, con ello, que la vida humana tiene defectos, que es mejorable, obviamente. Una antigua tradición invita a pensar el mal bajo la metáfora de la sombra, como defecto o incompleta realización de lo que de por sí es bueno e incluso glorioso. No se trata, pues, de hacer un ser supuestamente mejor que el humano a partir del humano, sino de mejorar la vida de las personas, y de la familia humana en su conjunto, para que sea una vida *propiamente* humana. No podríamos mejorar a una persona en el sentido de añadirle valor mediante alguna antropotecnia, pues cada persona, por muy vulnerable o dependiente que sea, posee ya un valor infinito que llamamos dignidad. Se puede, y se debe, eso sí, mejorar la vida de las personas y de la familia humana, de modo que podamos todos llevar una vida propiamente humana, como nos corresponde. Ha de ser bienvenido todo avance técnico en esta dirección. Por el contrario, deberíamos distanciarnos de toda antropotecnia que ponga en riesgo la naturaleza humana o la identidad de cada persona.

Ha llegado el momento de ponerle nombre a la actitud que buscamos, apelando, para ello, a un texto de Heidegger: «Quisiera denominar esta actitud que dice simultáneamente *sí* y *no* al mundo técnico con una antigua palabra: *serenidad*»⁵.

⁵ Heidegger, M. (2002). *Serenidad*. Barcelona: Ediciones del Serbal, p. 28. Agradezco a José Chillón el haber llamado mi atención sobre la pertinencia de este pasaje.